

—Es muy desmañada esa historia—murmuró.
—Hay algo que no comprendo.

Conocía a Macquart, y olfateaba una pillada, en la alegría secreta que le fruncía el rabillo del ojo.

—Es usted muy singular—dijo el tío para librarse de su examen.—Siempre imagina usted cosas del otro mundo. No puedo decirle a usted lo que sé... Más que usted quiero yo a Marta, y nunca he obrado más que por su interés. Voy a ir por el médico, si usted quiere.

Madame Rougon le siguió con la vista. Interrogó largamente a Rosa, sin averiguar nada. Por otra parte, parecía muy contenta por tener a su hija en casa; hablaba amargamente de las personas "que la dejan reventar a una a la puerta de su casa, sin abrir siquiera"; Marta, con la cabeza caída sobre la almohada, se moría.

XXII

En la celda de las Tullettes era noche negra. Un soplo glacial sacó a Mouret del estupor cataleptico en que le había sumido el ataque de la tarde. Agazapado contra la pared, permaneció un instante inmóvil, con los ojos abiertos, moviendo suavemente la cabeza sobre el frío de la piedra, gimiendo como niño que despierta. Pero tenía las piernas azotadas por una corriente de aire tan húmeda, que se levantó y miró. En frente de él vió la puerta de la celda abierta de par en par.

—Ella ha dejado la puerta abierta—dijo el loco en voz alta... Debe de esperarme, y es preciso que me vaya.

Salió y volvió a entrar palpándose la ropa, con el aire minucioso de un hombre ordenado que teme olvidar alguna cosa; después volvió a cerrar la puerta con cuidado. Atravesó el primer patio con su tranquilo pasito de burgués paseante. Cuando entraba en el segundo, vió un guardián que parecía acechar. Se detuvo y reflexionó un momento. Pero, habiendo desaparecido el guardián, se encontró al otro extremo del patio, delante de una nueva puerta abierta que daba al campo. La cerró tras sí, sin asombrarse, sin apresurarse.

—Es una buena mujer en medio de todo—murmuró.—Debe de haber oído que la llamaba... Debe de ser tarde. Voy a volver, para que no estén inquietos en casa.

Tomó un camino. Le parecía natural hallarse en pleno campo. Recorridos cinco pasos, olvidó tras él las Tullettes; imaginóse que volvía de casa de algún aldeano a quien había comprado una partida de vino. Al llegar a una encrucijada en que se cruzaban cinco carreteras, reconoció el terreno. Se echó a reír, diciendo:

—¡Qué tonto soy! Iba a subir al cerro, del lado de San Eutropio... He de tomar la izquierda... Dentro de hora y media largas estaré en Plassans.

Entonces siguió la carretera, gallardamente, mirando cada mojón kilométrico como a un viejo amigo. Deteníase delante de ciertos campos, delante de ciertas granjas, con aspecto de interés. El cielo estaba de color de ceniza, con grandes ráfagas rosáceas, que iluminaban la noche con un reflejo pálido de brasas agonizantes. Fuertes gotas comenzaban a caer; el viento soplabá del Este, empapado en lluvia.

—¡Demonio! No puedo entretenerme — dijo Mouret mirando al cielo con inquietud.—Hay viento Este, y va a caer un chubasco de primera... No podré llegar a Plassans antes de que llueva... Y voy poco tapado.

Se cubrió mejor el pecho con la chaqueta de gruesa lana gris que había destrozado en las Tullettes. En la mandíbula tenía una profunda herida, a la que se llevaba la mano, sin darse cuenta del vivo dolor que experimentaba allí. La carretera estaba desierta; no encontró más que un carro que bajaba la cuesta con lento andar. El carretero, que dormía, no respondió al amistoso sa-

ludo que le hizo Mouret. En el puente del Viorne fué donde le sorprendió la lluvia. Como el agua le molestó mucho, bajó a ponerse a cubierto debajo del puente, gruñendo que aquello era insoportable, que nada estropeaba tanto los vestidos, y que, de haberlo sabido, se habría llevado un paraguas. Esperó pacientemente cerca de media hora, distrayéndose con el chorro del agua; después, cuando pasó el chubasco, subió a la carretera, y entró por fin en Plassans. Evitaba los charcos de agua con extremo cuidado.

Eran cerca de las doce. Mouret calculaba que aun no habían de haber dado las ocho. Atravesó las desiertas calles, muy enfadado por haber hecho esperar a su mujer tanto tiempo.

—No debe ya de saber a qué obedece...—pensaba.—La comida estará fría... ¡Bien me va a recibir Rosa!

Había llegado a la calle Balande, y estaba en pie ante su puerta.

—¡Toma!—dijo.—No me he traído la llave.

Sin embargo, no llamo. La ventana de la cocina estaba oscura, y las otras ventanas de la fachada parecían también muertas. Gran desconfianza se apoderó del loco; con instinto de todo animal, olfateó un peligro. Retrocedió en la sombra de las casas vecinas y examinó la fachada de nuevo; después pareció tomar una resolución, y dió la vuelta por el callejón de las Chevillottes. Pero la puertecilla del jardín tenía el cerrojo echado. Entonces, con fuerza prodigiosa, impelido por súbita rabia, se arrojó contra aquella puerta, que carcomida, se abrió en dos. La violencia del choque dejó a Mouret aturdido, sin saber por qué acababa de romper la puerta y procurando acercar los dos pedazos para componerla.

—¡Vaya un golpe, cuando tan fácil era llamar!

—murmuró con súbita pena.—Una puerta nueva me costará al menos treinta francos.

Estaba en el jardín. Al levantar la cabeza y al ver en el primer piso la alcoba vivamente iluminada, creyó que su mujer se metía en cama. Esto le produjo gran asombro. Sin duda se había dormido bajo el puente esperando que pasara el chubasco. Debía de ser muy tarde. En efecto, las ventanas vecinas, las del señor Rastoil lo mismo que las de la subprefectura, estaban negras. Y clavaba en ellas la mirada, cuando vió un resplandor de lámpara, en el segundo piso, detrás de las espesas cortinas del Padre Faujas. Fué como un ojo llameante, encendido en la fachada, que le quemaba. Apretóse las sienes con las manos ardiendo, perdida la cabeza, revolcándose en un recuerdo abominable, en una pesadilla desvanecida en la que nada claro se formulaba, en la que se agitaba para él y los suyos la amenaza de un peligro antiguo, lentamente agrandado, horrible ya, en cuyo fondo iba a hundirse la casa si él no la salvaba.

—¡Marta! ¡Marta! ¿Dónde estás?—balbuceó a media voz.—Ven... trae a los niños.

Buscó a Marta en el jardín. Pero ya no conocía el jardín. Le parecía más grande, y, vacío, y gris, semejante a un cementerio. Los bojés habían desaparecido, las lechugas no estaban ya allí, los árboles frutales parecían haberse ido. Volvió sobre sus pasos y se arrodilló para ver si era que las babosas se lo habían comido todo. Sobre todo los bojés, la muerte de aquella alta verdura, le oprimía el corazón, como la muerte de un rincón viviente de la casa. ¿Quién habría matado los bojés? ¿Qué hoz había pasado por allí, cortándolo todo, trastornando hasta las violetas que él había plantado al pie de la terraza? Al ver aquella ruina, exhalaba un sordo gruñido que iba creciendo.

—¡Marta! ¡Marta! ¿Dónde estás? —gritó de nuevo.

La buscó en el pequeño invernadero, a la derecha de la terraza. El invernadero estaba atestado de los secos cadáveres de los grandes bojés; éstos se amontonaban en haces, en medio de los troncos de los árboles frutales, esparcidos como cortados miembros. En un rincón, la jaula de los pájaros de Deseada colgaba de un clavo, estropeadísima, con la puerta rota, con erizadas puntas de alambre. El loco retrocedió, lleno de miedo, como si hubiera abierto la puerta de una tumba. Tartamudeando, con la sangre agolpada a la garganta, subió a la terraza, y giró por delante de la puerta y de las ventanas cerradas. La cólera que en él crecía, daba a sus miembros una agilidad de animal. Retrocedía, andaba sin ruido, buscaba una hendidura. Un tragaluz de los sótanos le bastó. Adelgazóse y se deslizó con habilidad de gato, arañando la pared con las uñas. Por fin estaba en su casa.

Los sótanos no se cerraban más que con pestillo. Adelantó Mouret entre las espesas tinieblas del vestíbulo, palpando las paredes, empujando la puerta de la cocina. Los fósforos estaban a la izquierda sobre una tabla. El loco se fué derecho a ella, encendió un fósforo y se hizo luz para tomar una lámpara de la chimenea, sin romper nada. Después miró. Debía de haber habido una gran comida, aquella noche. La cocina estaba desordenada en extremo; las fuentes, los platos, los vasos sucios llenaban la mesa; una colección de cacerolas sucias aun estaba en el fregadero, en las sillas, en el suelo; una cafetera, olvidada en el borde de un hornillo encendido, hervía, con la panza saliente como persona ahita. Mouret quitó la cafetera, arrojó las cacerolas; las olía, olfateaba los

restos de licores en los vasos, contaba las fuentes y lo platos con gruñido cada vez más irritado; allí habían hecho comida para toda una posada; aquella suciedad rezumaba indigestión.

—¡Marta! ¡Marta!—repitió volviendo al vestíbulo, con la lámpara en la mano.—¡Respóndeme! ¡Dime dónde te han encerrado! Vámonos, vámonos en seguida.

La buscó en el comedor. Los dos armarios, a derecha e izquierda de la estufa, estaban abiertos; en el borde una tabla, un cucurucho de papel gris, reventado, dejaba caer terrones de azúcar hasta el suelo. Más alto, vió una botella de cognac sin gollete, tapada con un tapón de tela blanca. Se subió a una silla para mirar los armarios. Estos estaban vacíos. Los tarros de frutas en aguardiente estaban empezados todos a la vez; los de confituras abiertos y lamidos, las frutas mordidas, las provisiones de todas clases roídas, manchadas como por el paso de un ejército de ratas. Al no hallar a Marta en los armarios, miró por todas partes, detrás de las cortinas, bajo la mesa; allí vió huesos entre aplastadas migas de pan; en el hule, los vasos habían dejado pegajosos redondeles. Entonces, atravesó el corredor, y la buscó en el salón. Pero en la puerta de éste se detuvo; no estaba en su casa. El papel malva claro del salón, la alfombra de flores rojas, los sillones nuevos tapizados de damasco cereza le asombraron profundamente. Temió entrar en casa ajena, y cerró la puerta.

—Marta... Marta...—tartamudeó de nuevo con desesperación.

Había vuelto al centro del vestíbulo, reflexionando, sin poder apaciguar aquel ronco soplo que se hinchaba en su garganta. ¿Dónde estaba, que no conocía ninguna habitación? Y los recuer-

dos se desvanecían. No veía más que sombras deslizándose a lo largo del corredor; primero dos sombras negras, pobres, borrosas; después dos sombras grises y turbias que se reían. Levantó la lámpara cuya mecha se asustaba; las sombras crecían, alargándose en las paredes, subiendo por el hueco de la escalera, llenando, devorando toda la casa. Alguna basura, algún fermento de descomposición introducido allí, había podrido las maderas, enmohecido el hierro, hendido las paredes. Entonces oyó que la casa se desmenuzaba como yeso caído por la humedad, se fundía como un pedazo metido en agua tibia.

Arriba sonaban claras risas que le erizaban el pelo. Poniendo la lámpara en el suelo, subió para buscar a Marta; subió a gatas, sin ruido, con ligereza y suavidad de lobo. Cuando estuvo en el rellano del primer piso, se agazapó ante la puerta de la alcoba. Bajo la puerta pasaba una raya de luz. Marta debía de acostarse.

—¡Oh!—dijo la voz de Olimpia.—¡Es magnífica su cama! Mira cómo me hundo, Honorato. Tengo plumas hasta los ojos.

Se reía, saltando en medio de la conversación.

—¿Te lo digo?—continuó.—Pues bueno, desde que vinimos tenía ganas de acostarme aquí... Era casi una enfermedad... No podía ver a esa tonta de la casera al meterse aquí, sin sentir unos deseos furiosos de tirarla al suelo para ponerme en su lugar. ¡Se calienta una en seguida! ¡Me parece estar entre algodones!

Trouche, que no se había acostado, removía los frascos del tocador.

—Tiene olores de todas clases—murmuraba.

—Mira—continuó Olimpia.—Puesto que no está ella aquí, podemos quedarnos con la habitación.

No hay miedo de que venga a molestarnos; he echado el cerrojo... Vas a coger frío, Honorato.

Este abría los cajones de la cómoda, revolviendo la ropa.

—Ponte esto—le dijo tirándole una camisa de dormir.—Está llena de encajes... Siempre he soñado dormir con una mujer con encajes... Yo voy a tomar este pañuelo rojo... ¿Has cambiado las sábanas?

—No—respondió ella.—No me he acordado; aun están limpias... Ella cuida mucho de su persona; no me da asco.

Y cuando por fin se acostaba Trouche, le gritó:

—Pon los grogs en la mesa de noche... No vamos a levantarnos para bebérselos en el otro extremo de la habitación... Bueno, gordinflón querido; parecemos unos propietarios.

Se había tumbado el uno al lado del otro, con la colcha hasta la barba, cociéndose en un calorillo dulce.

—He comido bien hoy—murmuró Trouche al cabo de una pausa.

—¡Y bebido!—añadió Olimpia riendo.—Yo estoy algo... Todo me da vueltas. Lo fastidioso es que mamá está siempre encima; hoy ha estado inaguantable. No puedo dar un paso por la casa... No vale la pena de que se vaya la casera, si mamá se ha de quedar aquí haciendo el gendarme... Me ha estropeado el día...

—¿Pero no piensa irse el cura?—preguntó Trouche después de una nueva pausa.—Si le nombran obispo, será preciso que nos deje la casa.

—No sabemos—respondió ella de mal humor.—Mamá pensará tal vez quedársela... Estaríamos tan bien solitos... Yo haría dormir a la casera arriba, en la alcoba de mi hermano; le diría que es más sana... Dame el vaso, Honorato.

Bebieron ambos, hundiéndose otra vez entre los cobertores.

—¡Bah!—repuso Trouche.—No sería fácil hacer que se largaran. Pero podríamos probar... Creo que el cura habría cambiado ya de habitación, de no temer que la casera diera un escándalo al verse abandonada... Me dan ganas de trabajar a la casera; le contaré chismes para que los eche a la calle.

Bebió de nuevo.

—¿Y si le hiciera el amor, querida?—dijo más bajo.

—¡Ah, no!—exclamó Olimpia, echándose a reír como si le hiciesen cosquillas.—Eres demasiado viejo, y no lo bastante guapo... A mí no me importaría, pero ella no te querría, de seguro... Déjame a mí, que yo le calentaré los cascos... Yo seré la que dé los pasaportes a mamá y a Ovidio, ya que tan poco amables son con nosotros.

—Además, si tú no lo consigues—murmuró Trouche,—yo iré diciendo por todas partes que han encontrado al cura acostado con la casera. Esto hará tanto ruido, que se verá obligado a largarse.

Olimpia se había incorporado.

—¡Hombre!—dijo,—esa es buena idea. Hay que empezar desde mañana. Antes de un mes la despena es nuestra... Te voy a dar un beso en agradecimiento.

Esto alegró mucho. Dijeron cómo arreglarían la habitación; cambiarían la cómoda de sitio y subirían dos sillones del salón. La lengua se les trababa cada vez más. Hubo una pausa.

—Bueno, ya estás con los angelitos—dijo Olimpia.—Roncas con los ojos abiertos. Déjame pasar al otro lado; por lo menos terminaré mi novela. Yo no tengo sueño.

Se levantó, le hizo rodar como una pelota hacia

la pared, y se puso a leer. Pero, a la primera página, volvió la cabeza con inquietud hacia la puerta. Creía oír un singular ronquido en el corredor. Después, se incomodó.

—Ya sabes que no me gustan esas bromas— dijo dando un codazo a su marido.—No hagas el bobo... Parece que haya un lobo detrás de la puerta. Continúa, si eso te divierte. ¡Qué pesado eres!

Volvió a sumergirse en la lectura, furiosa, después de haber chupado la raja de limón de su "grog".

Mouret, con sus ágiles movimientos, se separó de la puerta en la que había permanecido. Subió al segundo piso, a arrodillarse delante de la alcoba del Padre Faujas, empujándose hasta el ojo de la cerradura. Ahogaba en su garganta el nombre de Marta; su mirada ardiente escudriñaba los rincones de la habitación, asegurándose de que no la escondían allí. La gran habitación desnuda estaba llena de sombras; una lámpara puesta al borde de la mesa dejaba caer sobre el suelo un estrecho círculo de claridad; el cura, que escribía, no formaba tampoco más que una mancha negra en medio de aquel resplandor amarillo. Después de buscar detrás de la cómoda, detrás de las cortinas, Mouret se había detenido en la cama de hierro, en la que el sombrero del cura formaba como una cabellera de mujer. Sin duda Marta estaba en aquella cama. Los Trouche lo habían dicho; ahora dormía allí. Pero Mouret vió el lecho frío, las sábanas estiradas, semejante a una losa sepulcral; se acostumbraba a la sombra. El Padre Faujas debió de oír algún ruido, porque miró a la puerta. Cuando el loco vió el tranquilo rostro del cura, sus ojos se inyectaron, y en las comisuras de sus labios apareció débil espuma; contuvo un rugir

do y se fué a gatas por la escalera, por los corredores, repitiendo en voz baja:

—¡Marta! ¡Marta!

La buscó por toda la casa; en la habitación de Rosa, que estaba vacía; en la de los Trouche, llena con los muebles de las otras piezas; en los antiguos cuartos de los niños, en donde sollozó al hallar bajo sus manos unas botinas rotas que había llevado Deseada. Subía, bajaba, se aferraba a la baranda, se deslizaba a lo largo de las paredes, daba vueltas a tientas a las habitaciones, sin tropezar, con su extraordinaria agilidad de loco prudente. Pronto no hubo rincón, de los sótanos al granero, que no hubiese husmeado. Marta no estaba en casa, los niños tampoco, Rosa tampoco. La escasa estaba vacía, podía hundirse.

Mouret se sentó en un peldaño de la escalera, entre el primero y el segundo piso. Ahogaba el poderoso soplo que, a su pesar, le hinchaba el pecho. Esperaba, con las manos cruzadas, la espalda apoyada en la baranda, los ojos abiertos en la noche, absorto en la idea fija que maduraba pacientemente. Sus sentidos adquirían tal finura, que sorprendía los ruidos más pequeños de la casa. Abajo, Trouche roncaba; Olimpia volvía las páginas de su novela, con ligero roce del dedo sobre el papel. En el segundo piso, la pluma del Padre Faujas tenía un rasguelo de patas de insecto; en tanto que, en el vecino cuarto, madame Faujas, dormida, parecía acompañar aquella agria música con su fuerte respiración. Mouret pasó una hora prestando oído. Olimpia fué la primera en rendirse al sueño; el loco oyó que la novela caía sobre la alfombra. Después, el Padre Faujas dejó la pluma, se desnudó con discreto pisar de zapatillas; las ropas caían dulcemente, y el lecho no crugió siquiera. Toda la casa estaba acostada. Pero el loco

sentía, por la suavísima respiración del cura, que no dormía. Poco a poco, la respiración aumentó en fuerza. Toda la casa dormía.

Mouret esperó aún media hora. Seguía escuchando con gran cuidado, como si hubiera oído a las personas allí acostadas, bajar con paso cada vez más pesado al letargo de un profundo sueño. La casa, aplastada por las tinieblas, se abandonaba. Entonces se levantó, ganó lentamente el vestíbulo. Gruñía:

—Marta no está; la casa no está; nada está.

Abrió la puerta que daba al jardín, y bajó al pequeño invernadero. Allí desalojó metódicamente los grandes bojes secos; se llevaba brazados enormes, que subía y amontonaba delante de las puertas de los Trouche y los Faujas. Como le asaltaba la necesidad de mucha luz, fué a encender en la cocina todas las lámparas, que puso sobre las mesas de las habitaciones, en los rellanos de la escalera, en los corredores. Después, transportó los restantes haces de bojes. Los montones subían más que las puertas. Pero al hacer el último viaje, levantó los ojos y vió las ventanas. Entonces volvió por los árboles frutales y armó una pira bajo las las ventanas, procurándose muy hábilmente corrientes de aire para que la llama fuera hermosa. La pira le pareció pequeña.

—No hay nada ya—repetía.—Es preciso que no haya nada.

Recordó; bajó a los sótanos y volvió a empezar los viajes. Ahora subía la provisión de leña para el invierno; el carbón, los sarmientos, la madera. A cada brazado de leña que colocaba, se sentía estremecido por satisfacción más viva. En seguida distribuyó el combustible en las piezas de la planta baja y dejó un montón en el vestíbulo, y otro en la cocina. Acabó por derribar los

muebles y ponerlos sobre los montones. Una hora le bastó para tan rudo trabajo. Sin zapatos, corriendo con los brazos cargados se había deslizado por todas partes, y con tal destreza que ni un solo pedazo de leña había caído con estrépito. Parecía todo una vida nueva, de una lógica extraordinaria de movimientos. Era, en la idea fija, muy fuerte, inteligentísimo.

Cuando todo estuvo preparado, gozó un instante con su obra. Iba de montón en montón, complaciéndose al ver su cuadrada forma, dándoles la vuelta a todos, y frotándose las manos con satisfacción extrema. Algunos trozos de carbón habían caído por la escalera; corrió por una escoba, y quitó de los peldaños el negro polvo. Así terminó su inspección, como burgués cuidadoso que quiere hacer las cosas como es debido, con reflexión. El goce le asustaba poco a poco; se encorvaba, se ponía a gatas, corriendo sobre las manos, y resollando más fuerte, con ronquido de alegría terrible.

Entonces, tomó una rama seca. Encendió los montones. Empezó por los de la terraza, bajo las ventanas. De un salto volvió a entrar, y encendió los del salón y el comedor, la cocina y el vestíbulo. Después, saltó de un piso a otro, arrojando los abrasados restos de la rama sobre los montones que cerraban las puertas de los Trouche y de los Faujas. Estremecíale un furor creciente, y la gran claridad del incendio acababa de enloquecerle. Por dos veces bajó con saltos prodigiosos, girando sobre sí mismo, atravesando la espesa humareda, activando con su soplo las brasas, sobre las que arrojaba puñados de carbones ardiendo. La vista de las llamas que se aplastaban ya en los techos de las habitaciones le hacía sentarse a ratos, riendo, aplaudiendo con toda la fuerza de sus manos.

Entre tanto, la casa roncaba como estufa cargada con exceso. El incendio estallaba por todas partes a la vez, con violencia que rajaba los suelos. El loco volvió a subir en medio de las llamas, chamuscados los cabellos, ennegrecida la ropa. Se apostó en el segundo piso, agazapado, adelantando su gruñidora cabeza de animal feroz. Guardaba el paso, y no separaba la vista de la puerta del cura.

—¡Ovidio! ¡Ovidio!—llamó una voz terrible.

En el fondo del corredor, la puerta de madame Faujas se abrió bruscamente y la llama penetró en el cuarto con retumbar de tempestad. La vieja se presentó en medio del fuego. Con las manos extendidas apartó los llameantes haces, saltó al corredor, rechazó a manotazos y puntapiés los tizones que tapaban la puerta de su hijo, a quien continuaba llamando desesperadamente. El loco se había agazapado más, con los ojos ardiendo y sin cesar de gruñir.

—¡Oyeme! No bajes por la ventana—gritaba la vieja llamando a la puerta.

Tuvo que echarla abajo; la puerta, que ardía, cedió fácilmente. La vieja reapareció llevando en brazos a su hijo. Este se había entretenido en ponerse la sotana; se ahogaba, sofocado por el humo.

—Oye, Ovidio, yo voy a llevarte—dijo la vieja con rudeza enérgica.—Agárrate a mis hombros; aférrate a mis cabellos si resbalas... Yo llegaré hasta el fin.

Se lo hechó a los hombros como un niño y aquella madre sublime, aquella vieja aldeana, abnegada hasta la muerte, no vaciló bajo el aplastante peso de aquel enorme cuerpo desvanecido que se abandonaba. Apagaba los carbones bajo sus pies desnudos, se abría paso rechazando las llamas con la abierta mano, para que ni siquiera tocasen a su

hijo. Pero en el momento en que iba a bajar, el loco, a quien no había visto, saltó sobre el Padre Faujas, arrancándolo de los hombros de su madre. Su lúgubre queja terminaba en un aullido, en tanto que un ataque le retorció al borde de la escalera. Golpeaba al cura, le arañaba, le estrangulaba.

—¡Marta! ¡Marta!—gritó.

Y rodó con el cuerpo por los abrasados pedaños, en tanto que madame Faujas, que le había hundido los dientes en la garganta, bebía su sangre. Los Trouche ardían en su embriaguez, sin un suspiro. La casa, devastada y minada, se desplomaba, en medio de una polvareda de chispas.